

SARTRE: DEL YO TRANSCENDENTAL A LA CONCIENCIA SIN YO

Amparo Ariño Verdú

Abstract

Sartre rejects the Husserl's «transcendental Ego». Sartre thinks that consciousness is pure «*intention*», and is empty of all content. Because of it consciousness cannot contain an «ego». Consciousness is self-origin. Thus the Ego cannot be consciousness's origin. For Sartre the «ego» -the «I»- is a production of the consciousness's activity. And so appears the I for the *adequate reflection*. The active consciousness, the genuine consciousness is «*irréfléchi*» and impersonal. During infancy there are only «*irréfléchi*» consciousness. When the reflexive activity of the consciousness begins, the consciousness produces the «I». The «I» is the perpetually unfinished total form its past activity. But the *inadequate reflection* confuses *consciousness* with *I*.

1. La crítica sartreana al «Yo transcendental» de Husserl

La idea de que la conciencia originaria, la conciencia genuina, es *impersonal* la expuso Sartre por primera vez en *La transcendance de l'Ego*. Esta obra -escrita por Sartre en 1934, durante su estancia en Berlín para estudiar la fenomenología husserliana- resultó determinante para toda su obra posterior, ya que en ella se esboza la que será la idea sartreana de conciencia.

En *La transcendance de l'Ego* Sartre critica la idea husserliana de un *yo transcendental* que permanece más allá de la conciencia y que parece producirla, siendo al mismo tiempo, una estructura suya. «Después de haber considerado que el Yo era una producción sintética y transcendente de la conciencia (en las *Investigaciones Lógicas*) -dice- (Husserl) ha vuelto, en las Ideas, a la tesis clásica de un Yo transcendental que se encontraría detrás de toda conciencia, que sería una estructura necesaria de estas conciencias, cuyos rasgos (*Ichstrahl*) caerían sobre todo fenómeno que se presentase en el campo de la atención. De este modo, la conciencia transcendental se hace rigurosamente personal»¹.

¹ *La transcendance de l'Ego*, p. 20.

Por su parte, Sartre trata de llevar la reducción fenomenológica a sus últimas consecuencias, haciendo caer al «yo» bajo la *epoché*, con lo que la conciencia se hace impersonal. La conciencia impersonal de la que nos habla Sartre tanto en *La transcendance de l'Ego* como en *L'être et le néant* (a partir de ahora *E. N.*), es una conciencia eminentemente *intencional*. Diríamos aún más, es pura *intentio*, puro fluir constante hacia el objeto del que es conciencia. Inspirada en la conciencia husserliana, que va «hacia las cosas mismas», la conciencia sartreana va «hacia el objeto», se dirige al mundo, lo presencia.

La conciencia intencional husserliana -dice Sartre, en *Situations I-* no es una conciencia «fagocitaria», «digestiva», que se «trague» el mundo al conocerlo; por el contrario, el mundo -el objeto al que se dirige la conciencia- no se incorpora a ella por el hecho del conocimiento. La conciencia, como pura presencia ante aquello que ella misma no es, permanece vacía. «Conocer -dice Sartre- es 'estallar hacia' (*s'éclater vers*) desprenderse de la húmeda intimidad gástrica para irse allá afuera, más allá de sí, hacia lo que no es sí, allá, junto al árbol (al que se pone como objeto de conocimiento) y, sin embargo, fuera de él, puesto que éste se me escapa y me rechaza, y no puedo perderme en él más de lo que él se pierde en mí, más de lo que él puede diluirse en mí: fuera de él, fuera de mí... El conocimiento no puede compararse legítimamente a la posesión. En la conciencia no hay nada, excepto un movimiento para huir de sí misma, un deslizamiento fuera de sí; si, lo que es imposible, entrarais 'en' una conciencia, seríais arrebatados por un torbellino y arrojados al exterior, junto al árbol, en plena polvareda, pues la conciencia no tiene 'dentro'; no es más que el exterior de sí misma y es esta huída absoluta, este negarse a ser substancia, lo que la constituye como conciencia»².

Resulta claro que, si se concibe así la conciencia, no sólo la cosa conocida no se incorpora a ella sino que, por sí misma, la conciencia no tiene contenido alguno, ni capacidad para tenerlo. Por lo que se refiere al «yo», esto significa que se le ha de excluir, necesariamente, en tanto que contenido y en tanto que estructura de la conciencia.

En *La transcendance de l'Ego* la conciencia es transparente, el objeto se encuentra fuera de ella. Precisamente «objeto» y «conciencia», «percipi» y «percipiens», se oponen por definición: cada uno es lo que no es el otro. Y la presencia de un «Yo» en la conciencia resulta incompatible con su transparencia, pues introduciría en ella la «opacidad» que caracteriza al objeto.

Pero no basta con excluir al «yo» en tanto que contenido o estructura de la conciencia. Tampoco puede aceptarse -como según Sartre hace Husserl- que el «yo» sea el origen de la conciencia. Para Sartre la conciencia, además de *vacía* y *transparente* es una *espontaneidad absoluta*, no se deriva a partir de ninguna otra cosa ni puede ser «producida» por nada. La conciencia *es* en tanto que *aparece*, su ser es aparecer y su aparecer es su ser³. Resulta, pues, imposible que el Yo sea el origen de la conciencia. Por el contrario, la existencia de la conciencia ha de ser, necesariamente, previa a la del yo.

² «Une idée fondamentale de la phénoménologie de Husserl: l'intentionnalité». En *Situations I*, p. 30.

³ *La transcendance de l'Ego*, p. 25.

2. ¿A qué llamamos «yo»?

Pese a toda esta argumentación resulta evidente, incluso para Sartre, que todos hablamos del «yo» -del *propio yo* y hasta del *yo ajeno*- y, al parecer, todos nos entendemos cuando hablamos así. Pero ¿es realmente el «yo» la fuente de nuestras vivencias, como Husserl parece entender en *Ideen*? ¿Acompaña siempre el yo a la conciencia? ¿O hay más bien, como Sartre parece inclinado a pensar, una conciencia *impersonal*? Y si es así, si la conciencia genuina es impersonal ¿a qué llamamos «yo»?

La respuesta de Sartre a la cuestión es como sigue. Ante cierta intuición reflexiva no adecuada -lo que Sartre denomina «reflexión impura»- el «yo» aparece como si fuese el «sujeto» al que podemos atribuir nuestras acciones, los rasgos de nuestro carácter, nuestros sentimientos y, en última instancia, como el origen de las vivencias que constituyen nuestra conciencia. Sin embargo, la realidad es justamente la contraria. En cuanto a la existencia, lo primero es la aparición de la conciencia, como surgir de lo que puede denominarse «corriente de vivencias». Esta corriente es pura *intentio* impersonal, sin «yo». Pura actividad que se dirige constantemente hacia el mundo, hacia «lo otro», hacia lo que *no es* conciencia. Sólo después, cuando la conciencia reflexiona sobre lo que ha sido su actividad, es decir, sobre las *vivencias* o momentos de conciencia ya pasados, puede agruparlas según el carácter de las mismas y constituir, siempre «a posteriori», lo que Sartre denomina los «estados». Así por ejemplo, las vivencias de agrado o atracción hacia determinado «objeto» -persona o cosa- hacia el que la conciencia se dirija, y las vivencias o conciencias de desagrado o repulsión hacia otro, serían agrupadas por la reflexión como *estados* respectivamente de amor y odio.

La denominada «reflexión impura» constituye los estados como si fueran reales, es decir, como si la única realidad de la conciencia no fuese única y exclusivamente cada una de las vivencias a partir de las cuales han sido constituidos los estados por la conciencia. Para la reflexión impura, los estados presuponen la permanencia de estas vivencias en el presente y en el futuro del transcurrir de la conciencia. Y no sólo eso, cada vivencia pasada de agrado o desagrado según el ejemplo al que nos referimos, se toma por una «emanación espontánea» del correspondiente *estado* de amor o de odio⁴.

También lo que llamamos «acción» puede ser entendido ambigüamente por la reflexión impura. Aunque la acción no es sólo una corriente de conciencias, sino también una realización concreta, esta realización se lleva a cabo durante un tiempo concreto, a los diversos momentos del cual corresponden conciencias concretas de actividad. La reflexión impura capta la totalidad de la acción como una unidad transcendente de la corriente de conciencias de actividad. «En este sentido -dice Sartre- se puede decir que la duda espontánea que siento cuando entreveo un objeto en la penumbra es una *conciencia*, la duda metódica de Descartes, sin embargo, es una acción, esto es un objeto transcendente de la conciencia reflexiva»⁵.

⁴ Cf. *La transcendance de l'Ego*, pp. 50-51.

⁵ *La transcendance de l'Ego*, p. 52.

Además de captar *acciones y estados*, trascendiendo la corriente vivencial de la conciencia, la reflexión agrupa los estados para constituir lo que Sartre designa como *cualidades*, lo que la psicología tradicional entiende por «rasgos de carácter». Para la reflexión impura las «cualidades» serían la causa última de nuestros actos. Para esta reflexión «inadecuada» -como también la llama Sartre- *cualidades, estados* y, por último, cada una de nuestras *vivencias*, emanarían de una «*psyché*» o «yo substancial».

Todo esto, repetimos, sólo sería así para una reflexión inadecuada, falseadora. Para lo que Sartre considera una reflexión «pura» o adecuada -esto es, aquella que se limita a describir la corriente de vivencias que constituye la conciencia, entendiendo la instantaneidad de cada una de ellas- el Yo, lo psíquico, lejos de aparecer como el sujeto activo, es decir, como la *causa* de acciones, estados y cualidades, o como el *origen* de la conciencia, no es más que un producto -siempre inacabado y, por lo tanto, no substancial- del fluir de la conciencia ya transcurrido.

La conciencia no emana del «Yo», por el contrario, es la actividad de la conciencia la que, a lo largo de toda su existencia, va produciendo aquello a lo que llamamos «yo». Y en tanto que esta actividad continúe no habrá de entenderse el Yo o la *Psyché* como algo acabado o substancial.

Así pues, para Sartre el «yo» no es más que un modo de referirse al pasado de cada conciencia. Pero el pasado de una conciencia está modificándose continuamente mientras dura la existencia de ésta. «*Psyché*», «yo» y «esencia» serían conceptos equivalentes, dependientes los tres, en tanto que son productos suyos, de la existencia de la conciencia. Pues, como es bien sabido, para el pensamiento sartreano la *existencia* precede a la *esencia*.

En cualquier caso, y es necesario tenerlo presente, sea como producto o sea como productor de la conciencia, el Yo sólo aparece ante la reflexión. En la conciencia previa a la reflexión, la conciencia «*irréfléchie*», no hay ningún «yo», ni producido por ella ni produciéndola. Volveremos sobre esto.

3. La crítica de Sartre a la psicología

Hemos visto como en *La transcendance de l'Ego* Sartre hace equivaler Yo y psique y los distingue de la conciencia. En la misma línea dice en *E. N.*: «Entendemos por '*Psyché*' al Ego, sus estados, sus cualidades y sus actos. El Ego, bajo la doble forma gramatical del '*Je*' y el '*Moi*', representa a nuestra *persona* en tanto que unidad psíquica transcendente»⁶.

Esta concepción es el fundamento de las críticas sartreanas a la psicología en general, a la que acusa de no utilizar el método fenomenológico y de confundir, por esta causa, *conciencia* y *psyché*. El empleo del método fenomenológico permitiría, en cambio, la *reflexión pura* con la que se hace posible la distinción entre «conciencia» y «yo». Pero la psicología, basándose en la *reflexión impura*, investiga la *Psyché* para explicar la conciencia. «Llamamos *Psyché* -prosigue Sartre poco después- a la

⁶ *L'être et le néant*, p. 209.

totalidad organizada de estos existentes virtuales y trascendentes que son un acompañante permanente de la reflexión impura y los cuales son el objeto natural de las investigaciones psicológicas»⁷.

Y es que «Yo» y «*Psyché*» son dos palabras que apuntan a un mismo concepto y hacen de la realidad humana, con la que supuestamente se identifican, una realidad acabada, definida y definible. Es decir, con otras palabras, un absoluto substancial, una cosa, un ser-en-sí. Mientras que una adecuada actitud fenomenológica nos haría descubrir que la conciencia es puro dinamismo intencional, carente de «contenidos» y transparente en sí misma, que no se puede explicar por ninguna otra cosa que no sea el hecho de la conciencia y que, en tanto que es puro dinamismo intencional, nunca está definitivamente acabada. Por esa causa no puede ser de modo *absoluto*, con la plenitud de ser con la que las cosas «son».

De modo que, como resultado de la reflexión impura, que convierte la conciencia en un objeto, en un *en-soi*, cualquier teoría psicológica sobre la realidad humana resultará necesariamente errónea y falseadora.

4. Conciencia sin Yo, conciencia «*irréfléchie*»

Llegado este punto, resulta evidente que para Sartre la conciencia ni es el yo, ni emana de un yo. No obstante, es también manifiesto que toda conciencia conoce un yo al que considera propio. Este yo aparece, según Sartre, únicamente ante la reflexión que, cuando es adecuada o «pura», lo considera un producto de la conciencia y, cuando es inadecuada o «impura», lo entiende, por el contrario, como el origen de la conciencia.

Volvamos ahora al análisis de la idea sartreana de conciencia para descubrir, por un lado, cómo y cuándo aparece el yo ante cada conciencia -o, dicho con otras palabras, cómo y cuándo comienza la actividad reflexiva de una conciencia- y, por otro, qué clase de conciencia es aquella que existe antes de la reflexión o con independencia de ésta.

Al comienzo de este artículo hemos afirmado que para Sartre la conciencia es *intentio*, dirección hacia un objeto que no es ella misma. Sin embargo, hemos dejado pendiente la explicación de como puede ser «conciencia de sí» esta conciencia que no puede ponerse a sí misma como objeto de su *intentio*.

Según Sartre, el objeto de la reflexión sólo puede ser una conciencia «pasada», es decir, un momento ya «sido» de la actividad de la conciencia. La «conciencia en acción» que es la conciencia presente, es *conciencia posicional del mundo* -pone el mundo como «objeto» al que se dirige intencionalmente- y *conciencia no posicional de sí misma*. Esto quiere decir que, para Sartre, la conciencia es conciencia de sí, sin ponerse por ello como objeto para sí misma, en tanto que *conciencia no posicional*⁸.

Este conocimiento no posicional que la conciencia tiene de sí misma, apuntado

⁷ *L'être et le néant*, pp. 210-211.

⁸ Cf. *La transcendance de l'Ego*, pp. 26-27.

por Sartre en *La transcendance de l'Ego*, dará lugar -llevado al plano ontológico en *E. N.*- al concepto de *être-pour-soi* y con él a la idea de la nada como «fisura interna» del ser de la conciencia. Pero de esto nos hemos ocupado en otro lugar y no volveremos ahora sobre ello⁹.

El hecho es que la conciencia de la que nos habla Sartre es tal que no puede ser puesta como objeto de conocimiento, lo que implica que, en tanto que conciencia activa, en tanto que conciencia actual, no puede ser objeto de reflexión. Es, por lo tanto, y así la denomina Sartre, conciencia *irréfléchie*. Esta conciencia, que puede poner su actividad pasada como objeto de su reflexión, permanece siempre no reflexiva o «*irréfléchie*» con respecto a sí misma. Cada momento presente de la conciencia no es más que presencia intencional, posicional ante el mundo, y no posicional con respecto a sí misma.

Tal conciencia ha de ser impersonal, no puede contener un «Yo» puesto que, como hemos visto, el yo es, justamente, producto de la actividad reflexiva de la conciencia sobre sus vivencias o momentos de conciencia ya pasados.

El yo no puede estar *en* la conciencia actual y no debe ser confundido con ella. Por eso la conciencia «*irréfléchie*» parece «perdersé» en el mundo. Así, cuando tratamos de reconstruir, mediante el recuerdo, lo que fue un momento de conciencia pasado, encontramos tan sólo la conciencia de las cosas a las que nos hemos dirigido y el recuerdo de la «brumosa» presencia no posicional de la conciencia ante sí misma en su actividad intencional dirigida hacia el mundo, pero no encontramos nunca un yo acompañando a estas conciencias.

Nos parece que sería interesante ilustrar estas afirmaciones con el ejemplo que sobre este punto pone Sartre en *La transcendance*: «Hace un momento me encontraba absorto en mi lectura. Voy a tratar de recordar las circunstancias de mi lectura, mi actitud, las líneas que estaba leyendo. Así voy a volver a suscitar no sólo estos detalles exteriores, sino un cierto 'espesor' de conciencia *irréfléchie*, ya que los objetos sólo pueden haber sido percibidos *por* esta conciencia y permanecen relativos a ella. Esta conciencia no es necesario ponerla como objeto de mi reflexión, por el contrario, es preciso que dirija mi atención a los objetos nuevamente suscitados, pero *sin perderla de vista*, manteniendo con ella una especie de complicidad e inventariando su contenido de modo no posicional. El resultado no es dudoso: mientras yo leía había conciencia *del* libro, *de* los protagonistas de la novela, pero el Yo no habitaba esta conciencia, esta conciencia era solamente conciencia del objeto y conciencia no posicional de ella misma. Captados estos resultados atéticamente, puedo ahora hacerlos objeto de una tesis y declarar: no había Yo en la conciencia *irréfléchie*»¹⁰.

De modo que el «Yo» sólo puede aparecer ante la conciencia que reflexiona una vez ha sido producido por esta conciencia como algo distinto de sí misma. Así es como lo captaría una reflexión adecuada, «pura», mientras que la «reflexión impura» o inadecuada trataría de hacer coincidir *yo* y *conciencia actual* -es decir, «yo» y conciencia «*irréfléchie*»- lo que es ópticamente imposible.

⁹ Cf. A. Ariño: «La génesis del concepto sartreano de libertad absoluta» en *Cuadernos de Filosofía y Ciencia*, nº 5-6, pp. 105-114, Valencia, 1984.

¹⁰ *La transcendance de l'Ego*, pp. 30-31.

La cuestión cuyo planteamiento queda ahora pendiente es de qué modo y en qué momento de su existencia concreta comienza la actividad reflexiva de la conciencia. O, lo que es lo mismo, cuándo y cómo además de dirigirse intencionalmente hacia el mundo, teniendo al mismo tiempo conciencia no posicional de sí misma como «conciencia-del-mundo», la conciencia se dirige hacia su propio fluir ya pasado, para captarlo posicionalmente. Esto equivale a preguntar, por una parte, cuándo aparece ante la conciencia lo que llamamos *el propio yo* y, por otra, qué significado tiene para la conciencia el hecho, descubierto en la reflexión pura, de que el yo es un producto suyo, algo con lo que no puede identificarse.

Tanto en el relato breve *L'enfance d'un chef* como en sus estudios sobre la vida de los escritores Baudelaire y Genet o en el inicio de autobiografía que expone en *Les Mots*, Sartre ilustra perfectamente el tema de la aparición de la actividad reflexiva de una conciencia mediante la descripción de la infancia de los protagonistas.

Como la conciencia originaria es conciencia no posicional de sí misma como pura *intentio* dirigida hacia el mundo y, por ello, es impersonal, la conciencia del niño, en el tiempo anterior a la reflexión, será una conciencia sin yo que, además, ignorará posicionalmente su falta de yo.

Y, en efecto, en las obras que hemos mencionado, Sartre describe la conciencia infantil como *conciencia posicional del mundo* que es, al mismo tiempo, *conciencia no posicional de sí misma*.

Durante una primera etapa de la infancia, parece que la conciencia no reflexiona sobre su propia actividad, no conoce posicionalmente su fluir intencional pasado. Así, en tanto que *ser*, el niño se identifica entonces con lo que otras conciencias -las conciencias de los adultos que lo rodean- ven, dicen y esperan de él. Al hacerlo así está considerándose a sí mismo como un objeto más del mundo.

Antes de la reflexión el niño es, en lo *irréléchie*, un ser pleno, un absoluto cuya existencia está asegurada por la presencia de los otros, es decir, por el hecho de aparecer como *objeto* ante la conciencia de los demás. Al no ponerse a sí mismo como objeto de reflexión, lo que sabe de sí es lo que le dicen los otros. Se puede decir que existe tan sólo *en, ante y para* los otros.

Así habla Sartre, en *Les Mots*, sobre su propia infancia: «Mi verdad, mi carácter y mi mundo, estaban en manos de los adultos; yo había aprendido a ver por sus ojos; yo era un niño, ese monstruo que ellos fabricaban con sus desdichados deseos. Si estaban ausentes, dejaban tras sí su mirada, mezclada con la luz; yo corría, saltaba, a través de esta mirada que me conservaba mi naturaleza de niño modelo, que continuaba ofreciéndome mis juguetes y el universo»¹¹.

Y esto es así hasta el punto de que el ser de los niños parece depender plenamente de las palabras, de la opinión, de la *mirada* de los adultos. Este es el motivo que hace pensar a Lucien, el protagonista de *L'enfance d'un chef*, que si las amigas de su madre siguen tomándolo por una niña, puede llegar en efecto a convertirse en niña. Y lo piensa tan seriamente que se pregunta si no será en realidad una niña, sin saberlo. Pues no sabe de sí mismo, de lo que «es», más que lo que los demás le dicen. Depende, *en su ser y para ser*, de la opinión de los demás¹².

¹¹ *Les Mots*, p. 66.

¹² Cf. *L'enfance d'un chef*, recogido junto con otras narraciones cortas de Sartre en *Le Mur*.

El ser que el niño recibe de los adultos lo justifica, ya que lo convierte, en cierto modo, en algo necesario. Para el niño resulta posible vivirse como habiendo llegado al mundo para llenar un hueco en los deseos y esperanzas de sus padres, de sus mayores. Es esto lo que daba a Baudelaire, en su primera infancia, la apariencia de una existencia plenamente justificada, en tanto que se identificaba con el amor que su madre sentía por él¹³. Y esta es también la causa por la que Sartre pensaba, en los primeros años de su vida, que el «Progreso» del que su abuelo le hablaba era el largo camino que conducía a él¹⁴.

Para Sartre, esta es la situación en la que se encuentra todo individuo durante los primeros años de su vida, es decir, durante la primera época de existencia de una conciencia concreta. Más tarde, hacia los 6 ó 7 años, parece comenzar, progresivamente, la actividad reflexiva de la conciencia. Este hecho comporta el descubrimiento de la propia falta de ser («*manque d'être*»), es decir, el descubrimiento de la propia *nada* y, con ello, la evidencia de que la propia existencia no es necesaria sino, muy al contrario, injustificable y gratuita. Y no es sólo eso, la actividad reflexiva de la conciencia pone de manifiesto también que los otros -es decir, en este caso los adultos, los padres- aquellos que garantizaban su plenitud de ser, no son tampoco seres absolutos.

Puede decirse, pues, que durante el período en el que la conciencia es sólo conciencia de sí de modo «*irréfléchie*», no se plantea la cuestión del «Yo», ni como presencia ni como falta. Sólo mediante una reflexión adecuada -la «reflexión pura» de la que hablábamos unas páginas antes- aparece, no un yo substancial, sino un yo que es distinto de la conciencia y un producto de ésta.

Pero, como dice Sartre, «puede ocurrir que la conciencia se produzca de repente a sí misma en el plano reflexivo puro. Tal vez no sin Ego, sino como escapando al Ego por todas partes, como dominándolo y sosteniéndolo fuera de ella mediante una creación continuada»¹⁵.

Por la reflexión, la conciencia -que, no posicionalmente había sido siempre conciencia «impersonal»- conoce posicionalmente su falta de «yo». Este hecho supone el conocimiento posicional de la propia nada, es decir, de la propia falta de ser (*manque d'être*) y comporta, con el descubrimiento de la *libertad absoluta* como correlato de la nada, la aparición de la *angustia*.

5. Mala fe y «yo»

La angustia es, precisamente, la causa de que el «yo» sea utilizado por la conciencia con el fin de enmascarar su falta de ser, su *nada*, ocultándose de este modo a sí misma, la *libertad absoluta* que, es el correlato de la nada de su ser.

Ya en *La transcendance de l'Ego* -cuando todavía no ha hablado de angustia ni de libertad como lo hará después, en *E. N.*- Sartre dice que tal vez la misión de este

¹³ Cf. Baudelaire, p. 19.

¹⁴ Cf. *Les Mots*, p. 24.

¹⁵ *La transcendance de l'Ego*, p. 82.

yo al que la reflexión impura identifica con la conciencia, sea tratar de ocultar el hecho de que la conciencia es una *espontaneidad absoluta*, es decir, el hecho de que no es más que *una corriente intencional dirigida hacia el objeto*, y sin otro origen que su propia actividad. «La conciencia se horroriza ante su propia espontaneidad» -dice Sartre¹⁶- por eso intenta ocultársela mediante la falsa idea de un «yo» que sería «sujeto» y «causa» de su actividad, y cuya existencia resultaría incompatible con esa espontaneidad absoluta que la conciencia quiere ocultarse. Esta es la idea que Sartre desarrollará en *E. N.* como la teoría de la mala fe o *mauvaise foi*.

La *mala fe* es el intento que realiza el *pour-soi*, la conciencia, para ocultarse a sí mismo la *nada* que toda conciencia comporta en tanto que fisura interna de su ser. Esta fisura por la que se desliza la nada es, según dice Sartre en *E. N.*, la distancia interna en el ser de la conciencia que posibilita el conocimiento no posicional que la conciencia tiene de sí misma.

En *E. N.* Sartre muestra -y esto ha sido ya materia de otro trabajo nuestro¹⁷- que «nada» y «libertad absoluta» son constitutivos del ser para-sí, de la conciencia. Y como cuando la conciencia, por medio de la reflexión adecuada, conoce posicionalmente su *nada*, su *libertad*, se angustia, uno de los intentos de ocultárselas a sí misma es tratar de identificarse con un «yo», un «psiquismo», un «carácter»..., es decir, con algo definitivamente «hecho», que goce de la plenitud de ser de los objetos, esa plenitud de ser de la que la conciencia carece.

En resumen, podemos decir que en el pensamiento sartreano la conciencia ni *tiene* ni *es* un yo. La conciencia *produce* al yo a lo largo de su existencia como suma, siempre inacabada, de su actividad intencional. Pero el yo no es nunca la conciencia actual, está siempre en el pasado, precisamente como lo que la conciencia ha sido y no es ya. Pues justamente, en tanto que la «conciencia pasada» ya no *es* conciencia, puede ser puesta como objeto.

Para Sartre cualquier otra interpretación, en especial toda aquella que haga de «yo» un sinónimo de la conciencia, no es sino un acto de *mala fe* mediante el que la conciencia trata de ocultarse cual es su auténtica realidad, es decir, el hecho de que la conciencia no es más que *intentio*, dirigida hacia el mundo y proyectada hacia el futuro, imposibilitada, por eso, de coincidir con su ser. En una palabra, trata de ocultar, de «ignorar», el hecho de que la conciencia siendo como es pura *existencia*, no puede identificarse con ninguna esencia.

Amparo ARIÑO VERDU
Universidad de Valencia

¹⁶ Cf. *La transcendance de l'Ego*, pp. 81-82.

¹⁷ A. Ariño: *Libertad absoluta y libertad condicionada en J.P. Sartre*, Barcelona, PPU, (en prensa).